

EL "PÓTHOS" DE TARTESSOS

Antonio Yelo Templado
Universidad de Murcia

En uno de los *Diálogos* más recurridos de Platón, como es el *Crátilo* (420 A), aparece la misteriosa palabra, cuya luz crepuscular irá filtrándose en todas y cada una de las líneas del presente estudio ya desde su título: el "Póthos". En el *Crátilo* se estudia el significado de las palabras y son dos los términos con diferente estructura etimológica, pero también diferenciados en una común significación para ambos: "hímeros", en cuya composición destaca el "eros", como corriente de deseo que arrastra impetuosamente al alma, pero hacia alguien o algo que tiene presente, mientras que "póthos" o "pothé" es el mismo deseo de algo que está ausente. Apunta Platón mismo el expresivo sentido de su raíz: "pou" o "poi": ¿hacia dónde?, ¿en qué punto de la tierra? El sentido del verbo "pothéo" como echar de menos, sentir falta de algo, nostalgia, añoranza, etc., sería la expresión privilegiada del más profundo sentido de lo que se entiende por amor platónico. No será atrevimiento ya desde ahora presentar al "póthos" como un ingrediente importante en la investigación de la Antigüedad y que, como está comprobado, han sentido los grandes maestros de la historia.

TARTESSOS. LA CIUDAD SIN HISTORIA¹

Así titulaba el profesor Maluquer su obra sobre Tartessos, y bellamente explicitaba el enunciado en este sentido "póthico": "El mito se convierte en un eterno estímulo humano que se desvanece en un momento para reaparecer con mayor fuerza después. El mito viaja, pues se localizará

en diversos lugares, siempre que existan algunos elementos que lo sugieran, para desvanecerse cuando el territorio en el que se localizó sea conocido". La Tartessos sin historia significa con el adagio que "los pueblos felices no tienen historia". Lo que Maluquer llama "Hado de Tartessos" es la identificación ideal felicidad-riqueza, "creyendo en su existencia real" y "buscada con insistencia". Una búsqueda frustrada que no renuncia nunca ni pierde su fe, aun cuando el paraíso perdido quede fuera de su alcance.

La figura de Maluquer continúa así esa época romántica de Adolfo Schulten, a quien él presenta como el "enamorado de Tartessos", dedicando treinta años de su vida a concretizar su localización, que luego se desvanecía. En una dramática lucha se debatía entre su razonamiento metodológico y su sentimiento, acabando por ceder y sumergiéndose en el mito. Respecto a su propio trabajo Maluquer reconocía que "carecería de brillantes corolarios que caracterizan toda visión de una civilización recobrada"; pero en el amplio campo de su investigación el hado de Tartessos apareció siempre con una nueva ilusión, con ese aroma del pasado que fascina y maravilla, con esa sensación de curiosidad que invade la imaginación hasta hacer sentirse preso de un encanto inexplicable.

Tartessos ha sido uno de los temas clásicos en el ciclo dedicado a ciudades sepultadas. A Schulten le había fascinado el mito de su desaparición catastrófica, flotando en él el de la Atlántida platónica o la Schería homérica. En época augustea Tartessos se recreaba en su mito de reino ideal con sus fortificaciones, templos o palacios en torno a un momento concreto como era el reinado de Argantonio. Esto suponía presencia de ruinas, que había que confirmar por argumentos arqueológicos mediante excavación, y éste fue el enfoque de Schulten a la cuestión. Como apunta Maluquer, "el problema de Tartessos, en su doble dimensión histórico-arqueológica se había transformado en el mayor

1 MALUQUER DE MOTES, J., *Tartessos. La ciudad sin historia*, Barcelona, 1970. La parte comprendida bajo este mismo título se contiene en las págs. 7-18 de esta obra. Además *La civilización de Tartessos*, Sevilla, 1980.

problema de la ciencia histórica occidental". Con Schulten se cerraba el ciclo de este modo de enfocar la cuestión, pero su esfuerzo intentando obtener apoyo arqueológico fue fecundo. El problema se invirtió para reconocer lo tartésico en una civilización materializada lo suficientemente original para poder denominarse como tal en la investigación arqueológica: ¿cuál era su originalidad, su territorio, sus habitantes y su posible legado a la cultura peninsular posterior?

Detrás del telón que habían corrido los siglos dormía indudablemente una realidad que se había hecho tangible con los viajes focenses tras las mercancías, que hacían de un territorio conocido por el nombre de Tartessos el emporion más recurrido del ámbito mediterráneo. Convertido así en paradigma de riqueza-felicidad había reagrupado elementos perdidos de la mitología griega y con este ropaje sería transmitido como tema literario y como eco de una realidad, unas veces presentida con romanticismo exaltado y otras con la desilusión de un escepticismo aséptico.

EL MISTERIO DE LOS CONFINES DEL MUNDO

Ya de por sí la ubicación geográfica del mundo tartésico se convertía en símbolo ineludible del sentimiento "póthico" y así lo plasmó Platón en su Atlántida, el gran mito de la historia de todos los tiempos. Es obligada, pues, la referencia a la Atlántida al tratar de Tartessos. Se ha hecho resaltar² el hecho de que el diálogo del *Timeo* se abra sorprendentemente con el famoso mito y aureole todo el diálogo de una atmósfera irreal y misteriosa, incluso bañando con la luz difusa de su poesía las partes más técnicas y abstractas de la obra. Puede demostrarse sin dificultad la no existencia de anteriores fuentes y que fue el mismo Platón el que inventó espontáneamente el mito; pero se ha anotado con razón que "esto prueba su genio poético en la elección del nombre y en la situación geográfica del mito". Lo que sí flotaba en el ambiente desde remotas épocas era el halo misterioso que envolvía aquellos confines del mundo.

Allí en el lugar denominado Columnas de Hércules había existido "una confederación de reyes grande y maravillosa" (*Timeo* 25 A). La fertilidad de su suelo eximía a sus habitantes del laboreo agrícola, excelentes pastizales alimentaban a toda clase de ganado y las montañas cubiertas de bosques se alegraban con las torrenteras que caían desde sus cumbres, mientras una primavera eterna procuraba una vida feliz. Sus hombres, así regalados, estaban dotados de buen natural y eran amigos de lo bello, morando en graciosas casas rodeadas de jardines, alcanzando luego una vejez placentera. Por supuesto, la organización política era la de

la república ideal (*Critias* III AE, II2 AD). Tal paradisiaca descripción responde a la aspiración inalcanzable del "póthos": "en un tiempo subsiguiente hubo terribles temblores de tierra y cataclismos... y la Atlántida se abismó en el mar y desapareció..." (*Timeo* 25 D). El paraíso quedó cerrado: "...a la oscuridad no pudo pasar nadie! Da la vuelta al timón de la nave...", cantarían Píndaro (*Nemeas* IV 66,55).

Existía la vaga idea del punto más lejano alcanzado por los navegantes y se había extendido la saga de que "las regiones de más allá de las Columnas de Hércules son impracticables tanto para los prudentes como para los imprudentes" (Píndaro, *Oda II*, al final). Allí empezaba lo desconocido, el océano —ese "mar difícil e inexplorable" de Platón (*Timeo* 25 D)— constituía un obstáculo insuperable y una niebla espesa oscurecía el cielo. Sobre esta oscuridad espacial se cernería también la del tiempo y los recuerdos se limitaron a identificar Tartessos con Gadeira o a mantenerla en el mito.

El periplo masaliota, transmitido por Avieno³, a partir de la zona tartésica se limita a señalar unos puntos indefinidos del largo cabotaje de la costa atlántica. Aún siete siglos más tarde habría que repetir: "...insulae complures sine nominibus... reliqua litora incerta signata fama..." (Plinio, *N. H.* IV 94). Aun contando con el secreto de intereses comerciales, la soledad y el olvido envolvieron las áreas occidentales de Europa. Heródoto (III 115) confesaba: "...sobre los límites occidentales de Europa no puedo hablar a ciencia cierta..." Incluso "...no he podido escuchar de labios de ningún testigo ocular que los confines occidentales de Europa estén constituidos por un mar...".

PLUS ULTRA

El "Póthos" de Tartessos necesariamente comprende el mundo misterioso, a que debió su celebridad, "esas zonas remotas del mundo, evocadas por Heródoto (III 116), que poseen fundamentalmente los productos que a nosotros se nos antojan más preciosos y más raros". Heródoto, el incansable viajero y curioso observador, apenas pudo vislumbrar estos apartados mundos, de los que siempre confiesa no tener noticias o a lo sumo interponer un "según cuentan". Así una vez más: "...ni tengo noticias de la verdadera existencia de unas islas Casitérides, de las que procede nuestro estaño" (III 115). Son las Oestrímnidas, término del periplo avienense, topónimo antiquísimo, según él lo considera —"aevum antiquius" (91). Sus costas "metallos stanni atque plumbi" (97-98), azotadas siempre por el duro septentrión (88-89), estaban habitadas por un pueblo de gran fuerza, dominado por la pasión del comercio y que surcaba valeroso el abismo del océano, poblado de mons-

2 SAMARANCH, Francisco de P., Preámbulo a su traducción de *Platón. Obras Completas*, Madrid, 1979, pág. 1.109.

3 *Ora Maritima*, Barcelona, 1922.

truos, con embarcaciones de pieles cosidas (98-107). Únicamente los tartesios se alejaban hasta aquellas latitudes, límite de los vivos y las sombras.

Siguiendo a Piteas (Polibio XXXIV 5 2-6 y Estrabón C 104 II 1-4-20), todas las noticias se conjuran para atemorizar ante la inaccesibilidad de las costas bretonas, "...donde no se encuentra tierra propiamente dicha ni mar ni aire, sino una materia compuesta de todos estos elementos, que se asemeja a la medusa y en la cual la tierra, el mar y todos los elementos están en suspensión, una especie de ganga sobre la que no se puede caminar ni navegar". Anterior o posterior, el contenido de los versos de Avieno (120-130) coinciden en que la tierra está llena de horribles malezas y terribles precipios, que los vientos están siempre en calma y el agua perezosamente tranquila con las algas que retienen la nave y le hacen tocar fondo, advirtiendo además de que nadie prosiga hacia el norte porque el aire se congela. Fenómenos semejantes alega Platón en el lugar de hundimiento de la Atlántida, donde "todavía ese mar es difícil e inexplorable debido a sus fondos limosos y muy bajos que la isla, al hundirse, ha dejado" (*Timeo* 25 D).

También estas costas oestrímnidas con sus poblaciones ancestrales se abismaron en el mar. Al borrarse la memoria de Tartessos un milenio de silencio acompañará también a las gentes, de las que ellos fueron exclusiva clientela. En época carolingia surgiría la saga de Ys como punto de partida de las almas para la isla de los bienaventurados. Como Tartessos, sólo su nombre se salvó del olvido. Un cronista del siglo XVI aseguraba sobre los habitantes de la bahía de Douarnenez: "Se atreven a decir que durante la bajamar y hallándose en la pesca, han visto a menudo antiguos restos de murallas"⁴ como vestigio de su misteriosa desaparición.

¿Fueron los oestrímnidos los primeros que exploraron el mar germánico en la costa de Frisia buscando el ámbar? Otro escenario del mundo antiguo propicio para el "Póthos". Heródoto (III 115) menciona el río Eridano "del que, según cuentan, procede el electro (ámbar)", otro de los materiales más raros. Así lo cree Diodoro (V 23): "...el electro que no se ve en ninguna parte del mundo. Los antiguos escritores compusieron muchos mitos—"mithous"—difíciles de creer... y que han sido refutados por posteriores acontecimientos". Por ejemplo, Heródoto había escuchado estas fábulas: "...es indudable que en el norte de Europa es donde hay mayor abundancia de oro. Ahora bien, tampoco puedo precisar a ciencia cierta cómo se consigue: únicamente que, según cuentan, los arimaspos, unos individuos que sólo tienen un ojo, se apoderan de él robándose a los grifos" (III 116). Seis siglos más tarde sigue la información alimentándose de la fábula, repitiendo Plinio (*N. H.* IV 94)

la noticia de Piteas sobre los hippodales, hombres que nacen con pies equinos, y los panacios, cuyos cuerpos desnudos están recubiertos por sus grandísimas orejas, añadiendo que es incierto cuanto ha propagado la fama de aquellos litorales. Recoge la información de Timeo de que allí en la época primaveral las olas lanzan el ámbar fuera del mar; pero que los nativos "no saben nada acerca de su uso, lo seleccionan con rudeza, lo presentan informe a los comerciantes y se quedan extrañados por el precio que reciben por él". En su misma época Tácito (*Germania* 45) no sabe más de lo que se dice que "sólo ellos buscan en los vados del mar el "succinum", que ellos llaman "glessum" (el ámbar) y lo limpian en la orilla". De estas poblaciones, que quedaron deshabitadas y fueron tragadas por el mar, ha quedado como símbolo el nombre de Jumne, luego latinizado Vineta, como Ys y Tartessos. En 1649 recordaría Jansonio: "Vineta emporium olim celebrer aqua aestu absorptum"⁵.

En esta trilogía Tartessos - Ys - Vineta pervive el gran mito de la "oikumene" con idénticos elementos y argumento: los confines del orbe abocados al más hondo misterio. Los mares germánico, bretón y tartésico se asoman al espacio infinito en la quietud y el silencio: "...mare prigrum ac prope inmotum, quo cingi claudique terrarum orbem..." (Tácito, *Germania* 45). El más allá sólo podía ser alcanzado por el "póthos", ese deseo irresistible de lo desconocido, lo inexplorado... deseo insaciable de un "más lejos", que la imaginación se figura siempre y necesariamente como un mejor⁶. La figura de Alejandro Magno ha sido elegida por sus biógrafos como prototipo del "póthos", que guió sus altas empresas, pero señalando también su curiosidad por lo exótico con sed de saber y noches de insomnio gastadas en el estudio o cordial capricho por visitar Gordion, Siwa o asomarse al Pacífico y, sobre todo, el "eros" huracanado de sensual a místico que sacudió toda su vida.

La carencia del "póthos" en el historiador, especialmente de la Antigüedad, puede afectar a la misma esencia de la ciencia histórica. Sin él será difícil sentirse vocacionado con esa fascinación y encanto, que impulsa cordialmente a una gustosa dedicación. Esa dosis de auténtico humanismo, que sintieron los grandes maestros, puede ser beneficiosa, y más en la actualidad, como capa ozónica protectora ante otras ineludibles necesidades de las ciencias aplicadas. Tartessos puede quedar como símbolo.

4 SCHREIBER, H. y G., *Ciudades Sepultadas*, Barcelona, 1957, págs. 24-29.

5 Id., págs. 29-35.

6 FESTUGIÈRE, A. J., *Epicuro y sus dioses*, Buenos Aires, 1963, pág. 20.